



Contreras dib. y lit.

Lit. de J. D'Anon Madrid.

Casada Agustina Zaragoza con un oficial del ejército español, á poco de su enlace empezaron á sentirse en España los ambiciosos

MUJERES CELEBRES.

AGUSTINA ZARAGOZA.

AGUSTINA ZARAGOZA.

I.

En Barcelona, la rica ciudad mercantil del Mediterráneo, se deslizaron los primeros años de la célebre española, con cuyo nombre empezamos esta biografía; y desde los albores de su juventud dejábase adivinar en la intensidad de su mirada la fortaleza de su espíritu, y en la contracción de sus arqueadas cejas, esa noble altivez, distintivo de las almas grandes, que rodea como una aureola misteriosa la frente de los héroes.

Nacida en los primeros años de la última década del pasado siglo, creció al mismo tiempo que se desarrollaba con la fuerza febril de todo un pueblo, la revolución social mas grande que han presenciado los tiempos y que debia concluir asombrando á Europa con las hazañas de aquel atrevido guerrero, que paseó sus vencedoras legiones de Oriente á Occidente y del Setentrion al Mediodia.

España contemplaba las repetidas victorias de Napoleon, muy lejos de sospechar siquiera que en su privilegiado suelo habia de comenzar el desenlace del gigantesco drama, que concluyó tristemente en Santa Elena, para que no quedase ni una vez desmentido que todas las grandes crisis europeas tienen siempre su desenlace en nuestra patria.

Casada Agustina Zaragoza con un oficial del ejército español, á poco de su enlace empezaron á sentirse en España los ambiciosos

planes de aquel coloso de la fortuna, que ceñía ya á sus sienes la doble corona de la victoria y del imperio.

En sus aspiraciones de monarquía universal, ese orgulloso delirio de todos los conquistadores, quiso Napoleon atar tambien á su carro de triunfo la altiva Nacion del Cid y de Gonzalo de Córdoba, sin comprender que los hijos de esta noble patria, tan desgraciada cuando la destrozan pequeñas ambiciones, tan grandes cuando marchan unidos por el camino de la gloria, no habian de consentir el vergonzoso yugo de la esclavitud extranjería.

Apesar de ello, el héroe de Austerlitz y de Jena no se atrevió á pasar las fronteras de nuestra patria en son de guerra, y valióse de la astucia para que sus ejércitos se fueran extendiendo por nuestro codiciado territorio: el engaño, sin embargo, no estuvo mucho tiempo oculto. Barcelona fué ocupada militarmente por las armas francesas, y la señal de la lucha se dió bien pronto. Los deberes militares del esposo de Agustina le separaron de su lado, y aquella partió para Zaragoza, donde tenia sus parientes, viage en el cual tuvo ocasion de demostrar la grandeza y elevacion de sus sentimientos.

Detúvose el coche de camino en que marchaba la futura heroína en Esparraguera, poblacion que en aquellos momentos ofrecia un aspecto imponente. Grupos de hombres recorrian las calles lanzando anatemas contra los franceses; Esparraguera acababa de ser saqueada por los invasores, y el pueblo entero clamaba venganza.

Al abandonarla los imperiales, no sin haber sufrido grandes pérdidas, causadas por los valientes hijos de la villa, quedó encerrado en una casa un destacamento de soldados, que al ser descubiertos por la muchedumbre, iban á servir de víctimas expiatorias del vandálico crimen de sus compañeros. Hombres y mugeres, todos á una voz, piden ciegos de ira las vidas de aquellos desdichados, y las cerradas puertas que los guardaban, caen bien pronto á impulsos de la ira popular.

Al tener noticia Agustina de aquellos sucesos, viendo solo en los soldados franceses hermanos, no enemigos, resolvió salvarlos; colo-

cándose delante de la puerta, arengando á la multitud y recordándoles que los españoles no nacieron para asesinos, sino para vencer en el combate y para engrandecerse perdonando despues de la victoria, consiguió que en breve se dieran un fraternal abrazo vencidos y vencedores.

II.

Pocos dias despues encontrábase ya descansando de su viage en la antigua Cesaraugusta ciudad que iba á ser en breve teatro de heroicas hazañas.

Las legiones francesas presentanse ante los muros de Zaragoza, esperando ocuparla en breve por los pocos medios de defensa con que contaba. Pero á la vista del enemigo el santo fuego del amor patrio inflama el corazon de los aragoneses. Escasas son las tropas españolas que guarnecen el recinto de la ciudad; falta de disciplina el pueblo, que hasta de armas carece; pero ante la enérgica voluntad todos los peligros disminuyen, y Zaragoza se apresta á la defensa, resuelta á reproducir en último trance los gloriosos ejemplos de Ástapa, de Numancia y de Sagunto.

Intentan las fuerzas extrangeras penetrar en el recinto de la ciudad, y no ya cada calle, ni cada casa, sino cada combatiente es un baluarte inexpugnable: nada importa la sangre derramada, nada lo temerario de la empresa; aquel poderoso ejército que siempre luchaba para vencer, es detenido quizás por vez primera en su victoriosa marcha, teniendo que retirarse y abandonar el sitio, dejando el suelo sembrado de cadáveres.

Pero ¡ay! que el enemigo es poderoso, y robustecido con nuevas fuerzas, vuelve á emprender el asedio. Zaragoza comprendiéndolo así, lejos de dormirse sobre sus laureles, aprestóse para la nueva lucha.